

Edición N° 57 - marzo 2010

Silencio - música - palabras

Canela

Clínica Psicológica de Adultos Escuela Francesa

Por Jimena Picciano

Jimena Picciano. Licenciada en Psicología

¿Cómo trabajar cuando no hay posibilidad de utilizar la palabra? ¿Cómo intentar armar escenas o historizar la vida de un sujeto cuando no cuenta con palabras para nombrar? ¿Pero los analistas no trabajan con la palabra? ¿Entonces? ¿Cómo maniobrar con la angustia que provoca el encuentro con el vacío, con los agujeros de la historia? ¿Y con la transferencia?

Son algunos de los interrogantes que me surgieron a partir del encuentro con Luis.

Preguntas que me convocaron a interrogar la manera de pensar la clínica y que me movilizaron a buscar otras formas.

Preguntas que no buscan respuestas. Preguntas que me motivaron a realizar éste escrito. Preguntas que nos invitan a seguir preguntándonos.

Coordenadas del primer encuentro

Dónde: un consultorio del servicio de Consultorios Externos de un hospital de la Ciudad de Buenos Aires

Cuándo: agosto de 2008

Quiénes: Luis y una analista

Cómo: sentados uno frente al otro

Luis no habla, parece inquieto, está nervioso. Estamos sentados a 10 centímetros de distancia. Mueve sus pies y manos constantemente, mira hacia abajo. Le pregunto por qué vino, lo invito a que me cuente qué le pasa. La respuesta es un silencio que parece eternizarse, luego risas temerosas. Intento preguntar de otra manera; después de un rato su boca susurra «vivo como en un sueño».

Frente a mis preguntas, sus respuestas son monosílabos al estilo sí/no. Entre algunas risas, tras mi insistencia, me dice que él es TOC. Le pido que me cuente que quiere decir eso y me explica que se lava muchas veces las manos porque siente que todo está sucio, corre las zapatillas de lugar todo el tiempo porque cree que sino alguien se va a caer, prende y apaga constantemente la llave de luz, entre otras muchas cosas que más adelante va a traer anotadas en una lista.

El aire es tenso y el lugar comienza a sentirse poco habitable. Mi reloj marca que sólo han pasado quince minutos desde que vi a Luis por primera vez pero mi sensación es que han pasado horas.

Un encuentro más fue suficiente para decidir que había que tomar algún rumbo, pero... ¿Cuál? Supervisión de por medio, un camino posible a seguir es el de tratar de historizar, es decir, armar

la historia de su desencadenamiento; cómo era antes, qué pasó después. Según Françoise Davoine, «*Eso es para lo que puede ser útil un psicoanálisis, (...) para inscribir en la historia de cada uno pedazos de tiempo arrancados a la historia*» -1-.

Lo intento, pero es un camino difícil, resulta casi imposible cuando no hay palabras para nombrar. Cuando el preguntar bordea la línea del interrogatorio. Cuando uno se enfrenta cada vez con agujeros de la historia. Cuando faltan las mínimas estructuras.

Nuevamente la incertidumbre, qué hacer entonces...

Sustraer la mirada fue el primer intento de dar lugar a que surja algo nuevo, que otro sentido entre escena.

Segundas coordenadas

Dónde: un banco frente a la Iglesia del mismo hospital

Cuándo: los martes de septiembre del mismo año

Quiénes: Luis y la misma analista

Cómo: sentados uno al lado del otro

Ahora no nos miramos directamente y el encuentro comienza a ser más distendido.

«El cuerpo de la analista traza la lateralidad, un «al lado» que afecta lo enmismado del uno solo. Hace corte en lo continuo y hace lugar al doblaje» -2-. Es decir, que aparezca la posibilidad de construir dos lugares y así permitir el alojamiento de la alteridad.

Luis comienza a contarme en cada encuentro cómo se sintió durante la semana, si tuvo más o menos «obsesiones». Con relación a ello le pregunto: ¿En qué momentos te pasa esto?; ¿Cuándo empezó?; ¿Te pasa antes o después de salir?; ¿Sólo cuando estás en tu casa o también en otros lados?; ¿Todos los días?; ¿Qué pasa si no lo haces?; etc.

Preguntas que intentaban construir un espacio, delimitar un borde. Intentos de construir una imagen que detuviera o apaciguara el sufrimiento constante de Luis.

Preguntas que Luis sólo podía responder con un «No sé» y que me marcaban que ese no era el camino. ¿Pero cuál entonces? Dejarme llevar por lo que Luis proponía.

Durante un encuentro enuncia, «*Volvieron las obsesiones, no puedo bajar una canción que me gusta porque tengo que bajar una que no*». ¿Ah...Te gusta la música? «*Sí, es una compañía*». ¿Y qué tipo de música escuchas? «*Rock nacional*». Pronto saca un MP3 de su bolsillo y cuenta que ahí tiene todos los temas. Le digo que yo de rock no conozco casi nada y lo invito, si quiere, a que algún día escuchemos algunos temas.

La invitación no tardó en ser aceptada; propone escuchar un tema de Moris. Luis cuenta que su banda favorita son los Beatniks, que la conoció a través de un amigo de su hermano mayor cuando tenía 15 años. Entra en escena la música. Una canción que no es cualquier canción. Una canción que le posibilita hablar de otros, contar otras historias pero que también habla de él. Utilización de la música no simplemente para oírla, pasar el tiempo o como diversión, sino como herramienta para la construcción de lo subjetivo. «*(...) el uso de la música para bordear la construcción de una experiencia de lo sonoro en el campo subjetivo. Entendemos campo subjetivo como la articulación del campo de la voz con la pulsión escópica, para que entonces lo sonoro pase a tener estatuto de escena, es decir escena sonora*» -3-.

En otro encuentro me pide que yo escriba las letras de las canciones que escuchamos, él me va

dictando; «*Así las podemos analizar*». Aparece un escrito y con él un efecto de superficie, es decir un tejido significante, un soporte que permite que lo simbólico se ancle en un sentido. Luis propone escuchar un tema con el que dice sentirse identificado y que se llama «Rebelde». A partir de ese día, empezamos a tener un registro de canciones donde luego de transcribir una, él me va explicando qué quieren decir los distintos versos. Intento de creación o que algo de su subjetividad se ponga en juego.

Encuentro tras encuentro, empieza a contarme la historia de su banda favorita.

Luis dice que cuando escucha música se siente mejor. «*Hay dos cosas que me salvaron la vida, la Fluoxetina y la música*». Poco a poco fue descubriendo que cuando las obsesiones lo invaden ir a su cuarto y poner música fuerte, lo calma. De tanto en tanto compone canciones que por ahora prefiere no mostrarme.

Nuestros encuentros siempre giraban en torno a la música, comenzábamos escuchando un tema o dos y de ahí en más se abrían distintos caminos por los que podíamos comenzar a transitar. Con el paso del tiempo Luis empieza a interesarse por qué tipo de música me gusta a mí. Le cuento que no soy una gran conocedora del tema, que me gustan algunas bandas internacionales pero que para bailar me gusta música divertida. «*Yo no entiendo a los que escuchan canciones en inglés, a mí me gusta pensar las letras y en inglés no se entiende nada. La letra te tiene que llegar*».

En nuestro próximo encuentro Luis trae dos MP3, el de siempre con canciones de rock y otro que tiene canciones «movidas». Ahora alternamos entre Rock Nacional y música latina.

Armando lazos

A Luis le preocupa no tener amigos. Me cuenta que los fines de semana salen a bailar con los amigos de su hermano. «*Sólo uno vale la pena, los demás son para joder*».

Le cuento que a mí también me costo encontrar amigas y que no hago todo con todas, algunas son buenas amigas para charlar y otras para salir. «*Yo tengo amigas para salir*.

¿*Vos no conoces a alguien que le pase lo mismo que a mí?* «¿Para qué? «*Para hacerme amigos*». Le digo que a los amigos no hace falta que le pase lo mismo que a uno y lo invito a compartir lo que él sabe hacer, música, con otros.

El verano se acercaba y Luis no estaba exento de querer encontrar un amor.

«*Quiero tener novia. Ahora estoy mejor, antes era muy enamorado*». ¿Qué te gusta de una mujer? «*Tiene que ser amorosa, sincera, que me entienda*». Con Luis empezamos a imaginar cómo sería el encuentro con una mujer, cómo acercarse, cómo conquistarla, qué decir, qué preguntar, etc. Luis cada fin de semana en los boliches iba probando distintas estrategias de seducción.

Bajo el sol del mediodía Luis me cuenta que se siente bien, que salió el fin de semana y que estuvo componiendo. «*Hice una canción inspirada en vos, pero es secreta*» ¡Que intriga! «*Es un secreto, pero tiene que ver con el agradecimiento*». Luis en alguna oportunidad me había contado que durante su tratamiento anterior se había enamorado de su psicóloga y que en consecuencia le cambiaron de profesional. En aquella oportunidad aquel fantasma rondó por mi cabeza.

Luis se ausenta en el próximo encuentro, luego aclarará que había salido la noche anterior y que por eso no pudo levantarse. «*En el boliche había una chica igual a vos*».

«¿Por qué los psicólogos se abstienen?» ¿Cómo? Luis se ríe, «*Vos sabes, dejá! Hacé que no te dije nada...*».

A la semana siguiente, le cuento a Luis que me voy de vacaciones y le ofrezco dejar algún referente durante mi ausencia, pero él prefiere esperar a que vuelva. A mi regreso la escena temida no tardó en hacerse realidad.

Hola Luis, ¿Cómo estas? «*Ahora que te veo mucho mejor*». Comienzo difícil, me incomoda. Empieza a decirme que estuvo pensando y que le gustaría que fuéramos a bailar los dos junto con amigos. Momento complicado, cómo maniobrar con la transferencia en ese momento. De qué modo decirle que no pero sin que se sienta rechazado y a su vez, alojar lo que traía al espacio. Apelo a la ley, a alguien externo, a un tercero, no soy yo quien dice que no directamente.

«(...) Los lazos generacionales, tan frágiles y feroces en la locura, no alcanzan de modo alguno para dar un alojamiento a la alteridad. Necesidad, entonces, de otro soporte ofrecido en la transferencia» -4-

Es decir duplicar los lugares, el analista saliendo de su lugar para convertirlos a ambos en lugares intercambiables.

Luis, no podemos salir, los psicólogos no salen con sus pacientes. «¿*Quién dice eso?, No ves que ustedes se abstienen. Además yo sólo decía como amigos*». Pero nosotros no somos amigos. Además los psicólogos tenemos un código de ejercicio profesional, donde dice claramente que está prohibido cualquier tipo de relación con sus pacientes por fuera de lo profesional. «*Mentira, qué código*». Por qué te voy a mentir, te lo puedo traer la próxima vez y vos lo lees. Luis se queda pensando...» ¿*Vos tenés novio?*» Sí, tengo novio. «*Me estas mintiendo, mira que si yo quiero le cuento al Dr. y te puedo bajar del tratamiento, como a la otra psicóloga*». Pero no me creés nada de lo que te digo... si querés contale al Dr., no hay problema, éste es un tema que lo podemos seguir hablando, no tiene nada de malo. Este es un espacio para hablar de esto también.

Terceras coordenadas

Dónde: un banco del parque, estratégicamente ubicado, que permite una vista panorámica del hospital. La entrada, el bar, las salas, etc.

Cuándo: comienzos de 2009.

Quiénes: Luis y la misma analista.

Cómo: sentados uno al lado del otro.

Luis comienza a venir al hospital más arreglado, recién bañado, prolijo y huele a perfume. Empiezo a notar que llega antes del horario que acordamos y que siempre está charlando con alguna persona. Incluso luego de terminado nuestro encuentro, permanece por algunas horas más en el hospital charlando con otros pacientes.

«Hoy estoy mejor que nunca» . ¿Qué pasó? «*No tengo obsesiones. Después de lo que me dijiste el otro día estoy perfecto. Ves esa chica que está ahí...*» (Me señala a una chica que camina por el parque). «*Esa es la chica a la que le pedí el teléfono el otro día*».

¿La conociste acá? «*Sí, está internada*». Enseguida Luis me propone escuchar una canción y me pide que anote la letra argumentando que es justo para este momento. La canción se llama «*Dejame buscar felicidad*»

Luego de escucharla tuve una sensación a despedida. Se lo digo. Luis se ríe y me dice, «*Yo ya te enterré, sólo quería una amistad. Pero me pasó eso con vos y Dios me puso en el camino a esta chica*». Cuando intento abrir la boca para decir no sé en verdad qué, Luis me frena y agrega: «*No hablemos más de esto. Vos y yo somos polos opuestos...*». Tenés razón, no somos iguales y que suerte que así sea.

Mostrarme barrada dejó la posibilidad de que se abran otros horizontes, permitió un desplazamiento. Un par que no es igual, da lugar a la alteridad y permite la apertura de otros lugares.

Su romance duró algunas semanas. Ella le ofrecía una amistad y a él no le alcanzaba. Luis ahora circula por el hospital. Mira a la gente que pasa y me cuenta sobre sus distintos amigos, qué chicas le gustan, con quiénes charla, con quiénes no quiere hablar, lo que piensa de personas que ve pasar pero no conoce...

Intentos de armar historia

Luis tiene 25 años, vive con sus padres y un hermano. Su otra hermana vive en pareja y tiene un hijo.

Cuenta que a los 9 años comenzó con «síntomas obsesivos». Por ejemplo, no podía pisar cualquier baldosa cuando caminaba. A los 15 años comenzó tratamiento en un hospital de la ciudad debido a que en aquel momento «*escuchaba voces que me insultaban, tenía obsesiones*». Marca el comienzo de aquel padecimiento alrededor de los 12 años, motivo por el cual dejó de concurrir a la escuela. «*Estaba mal, ponía un espejo al sol para quedarme ciego*».

Luis refiere que a lo largo de su vida hubo cuatro veces en las que estuvo mal y que todas ellas se corresponden, según él, con cambios en la medicación.

Ha trabajado con su padre haciendo «changas» e incluso durante el tratamiento consiguió trabajo en una zapatería, pero sólo pudo concurrir dos días porque aparecieron obsesiones y no podía continuar con el trabajo.

Hasta aquí un recorte de lo que sucedió con Luis durante estos meses. Intentos de una analista de prestar palabras para llenar los agujeros de una historia. De montar escenas para ofrecerle una imagen a ideas intrusivas que lo desbordan y lo dejan como un objeto a merced de ellas. Intentos que por ahora sólo son posibles a través del lenguaje que Luis propone, el lenguaje de la música.

Bibliografía

- Davoine, Françoise. *La locura Wittgenstein*. Editorial Edelp, París, 1992.
- Di Vita, Liliana y otros. *Interrogar el autismo, hacer espacio del lenguaje*. Ediciones del Cifrado. Buenos Aires, 2008.
- Lacan, Jaques A. Seminario 22: R.S.I. Inédito.
- Toté, Susana. *Historiar la locura*. Inédito (Propuesta Psicoanalítica Sur), Buenos Aires, 2007.

Referencias

-1- Davoine, Françoise. «*Y usted ¿Usted cree en el Psicoanálisis?*». En *La locura Wittgenstein*, capítulo 6, pág. 55. Editorial Edelp, París, 1992.

-2- Di Vita, Liliana y otros. «*Las cualidades de la voz... Un detalle singular*». En *Interrogar el autismo, hacer espacio del lenguaje*, pág. 93. Ediciones del Cifrado. Buenos Aires, 2008.

-3- Di Vita, Liliana y otros. «*Acerca de la materialidad sonora*». En *Interrogar el autismo, hacer espacio del lenguaje*, pág. 97. Ediciones del Cifrado. Buenos Aires, 2008.

-4- Toté, Susana. *Historiar la locura*. Inédito (Propuesta Psicoanalítica Sur). Pág. 4. Buenos Aires, 2007.